

Por una geopolítica de Turquía

Pierre Béhar*

UN PUEBLO

En el amanecer de la historia, la geopolítica de Turquía todavía no existe. Porque es Turquía la que no existe. Sólo existen turcos, arquetipos de los pueblos nómadas.

Los turcos provienen del fondo de las edades. Es en las altas mesetas de Mongolia donde las fuentes chinas, desde el segundo milenio antes de nuestra era, atestiguan su presencia. Con el correr del tiempo, fueron descendiendo poco a poco hacia el oeste. A partir del siglo XI, los hijos del gran Lobo Gris y de la Cierva Leonada –como se denominaban en sus mitos– van a establecerse en Asia Menor. Entre esta tierra y sus regiones de origen existía una profunda analogía. “La península de Anatolia, señala René Grousset, es una alta meseta en forma de cuadrilátero, que de manera más moderada y en las inmediaciones del mundo mediterráneo reproduce [...] la tectónica de la Alta Asia, última reaparición de las elevadas tierras altaicas en las cercanías de la Europa más europea, último escalón que baja del Techo del Mundo hacia el sosiego, hacia la suavidad que en geografía física constituyen nuestras Áticas, nuestras Toscanas, nuestras Provenzas... Es decir, esta península, centinela de Asia central, mira hacia Europa...” Y luego concluye: “Anatolia ‘inclina’ a sus ocupantes hacia Europa.”¹ Ésa ya había sido la ley de la Antigüedad: Europa, de acuerdo con el mito, cruzando el Egeo, provenía de Asia Menor. La misma ley iba a determinar el destino de los turcos.

* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón.

¹ René Grousset, Georges Deniker, *La face de l'Asie*, París, 1962, pp. 57-58.

A semejanza de los magiares en la planicie de Europa central, los turcos se habían mezclado con las poblaciones blancas que habitaban en Anatolia. En el ancestral crisol que siempre había sido Asia Menor, una nueva ola de pueblos, esta vez uraloaltaica, había venido a fundirse con aquellos que, desde los hititas y los galatos, la habían precedido.

UNA CULTURA SINTÉTICA

Aunque su etnia mongol había terminado por fundirse casi completamente con esta masa, también le habían impuesto su lengua y su cultura. Esta cultura era por completo original. Nacida a merced de la migraciones seculares de los turcos, ofrecía una especie de síntesis de todas las de Asia. Irán, que los turcos habían cruzado en parte desde el siglo X, había influido profundamente en su cultura. De ella, los turcos habían adoptado el islam, aunque en su forma sunita. Esta conversión les aportaba la escritura, en este caso árabe. Su lengua se enriquecía con términos, y por lo tanto con nociones tomadas del persa y del árabe; militar en su origen, se fue volviendo jurídica, filosófica y poética. La influencia persa suscitaba nuevas formas literarias, en particular la poesía clásica de diván,² es decir, de corte; por último, le inspiraba los motivos de su cerámica, sus brocados y sus tapetes. Incluso las antiguas relaciones de los turcos, los chinos, sintieron su influjo en su civilización, sobre todo en el arte de la miniatura.

Esta sorprendente facilidad para conservar tradiciones se unía en los turcos a una extrema plasticidad. Una vez que su capital queda instalada en Constantinopla, su civilización se presentará como el reinicio y la continuación de la bizantina: desde hace mucho tiempo, Alfred Rambaud ha subrayado hasta qué punto la administración otomana había sido el reinicio de la griega.³ Este reinicio de las tradiciones bizantinas concernía a todo el espectro de la cultura turca, desde su música hasta su arte culinario. Pero, más allá del universo bizantino, la civilización turca

² La temprana poesía mística escrita por Yunus Emre y otros autores en el siglo XIV dio paso a una herencia poética llamada "poesía de diván"; la más popular era la recitada por los juglares, una tradición que ha continuado hasta la actualidad. (N. del T.)

³ Cf. A. Rambaud, "L'empire ottoman. L'apogée (1481-1566)", in: E. Lavissee y A. Rambaud, *Histoire générale du IV siècle à nos jours*, IV, Paris, 1894, pp. 750-751.

se relacionaba con la de toda Europa. Se sabe, en arquitectura, de la influencia de Santa Sofía sobre las grandes mezquitas de cúpula construidas por los sultanes. Lo que por lo general se omite es que dichas obras son contemporáneas de las grandes iglesias italianas de cúpula del Renacimiento, y que expresan la misma visión neoplatónica del mundo. Las mezquitas del arquitecto imperial Sinán expresan, en un lenguaje arquitectónico análogo, las mismas concepciones que los proyectos de Bramante y de Miguel Ángel para San Pedro de Roma. Por lo demás, ésa es la razón por la que muchos de los artistas italianos viajaron a la capital del nuevo César musulmán. Bellini es el más célebre, pero Leonardo da Vinci mismo realizó el primer proyecto de puente sobre el Bósforo, vínculo grandioso entre Oriente y Occidente, símbolo mismo del imperio del Gran Turco.

EDIFICACIÓN DE UN IMPERIO

La aventura imperial comienza a finales del siglo XIII, cuando una dinastía turca que residía en Anatolia del noroeste, cerca de Sakarya, se distinguió de las demás: la de los osmanlíes u otomanos, fundada por Osmán, llamado también Otomán. En 1362, su hijo Orkhán se apodera, al sur del mar de Mármara, de Bursa, donde funda su capital. Desde 1346, sus ejércitos pasan a Europa, precisamente para echarle una mano contra los serbios al basileus de Constantinopla, quien, para lograr su alianza, dio la mano de su hija, la princesa Teodora, a Orkhán: Júpiter, como siempre, ciega a aquellos a los que quiere perder. Aprovechando un terremoto, Orkhán conquista Gallípoli, que controla los Dardanelos, y por ende las relaciones marítimas de Constantinopla con el mundo mediterráneo.

El reino de Orkhán es el del establecimiento de los otomanos en Europa. El de su sucesor, Murad I, es el de su expansión. Con este soberano comienza la formación del imperio otomano, de acuerdo con una política que se llamó de “círculos”. Los imperios no se constituyen de un jalón. Se hacen por etapas. Conquistar Italia le llevó a Roma el doble de tiempo que todo el resto de su imperio. Fue lo mismo para el emperador otomano. A partir de la cuna anatoliana de su dinastía al sur de las orillas del Mármara, los osmanlíes realizaron primero, hacia Europa, la conquista del “primer círculo”: Tracia, Tesalónica, Macedonia, Bulgaria y Dobrudja... Dicho de otro modo, hacia el norte, las planicies que se

extendían del Bósforo hasta el Danubio, y, hacia el oeste, las tierras que bordeaban el mar Egeo hasta los contrafuertes de los Balcanes. De ahí, se apoderaron del “segundo círculo”: Grecia meridional, Albania, Montenegro, Herzegovina, Bosnia, Serbia, Moldavia y Valaquia –en otras palabras, al oeste, los Balcanes y sus prolongaciones helénicas al norte, las planicies del otro lado del Danubio. El “tercer círculo” consistió, finalmente, en Transilvania y Hungría: las planicies más allá de los Balcanes, inscritas en la vastedad de los Cárpatos con su forma de luna creciente.

Del lado de Asia, la expansión otomana respondió al mismo principio de progresión por círculos. Siempre a partir de las orillas meridionales del Mármara, en la segunda mitad del siglo XIV, los hijos de Osmán llevan a cabo, paralelamente a la conquista del primer círculo europeo, la de la mitad noroeste de Anatolia, de Antalya a Sivas. En el siglo XV, al mismo tiempo que el segundo círculo europeo, se constituye el segundo círculo asiático, cuya frontera recorta esta vez a Anatolia de acuerdo con una nueva diagonal, que une el golfo de Alejandreta con Trebizonda y con los contrafuertes occidentales del Cáucaso. El siglo XVI presencia la realización del inmenso tercer círculo: la conquista de Anatolia se completa en el este con la de Armenia y Kurdistán, y por un tiempo incluso la de Irán; al sur, con la de Mesopotamia, Siria, Palestina y dos partes vitales de la península arábiga, Hedjaz, Aden y Mascate. Este tercer círculo no es sólo asiático, también es africano: somete a Egipto, Cirenaica y Tripolitania –la actual Libia–, Túnez y Argelia al poder de los osmanlíes, quienes, grosso modo, del Mediterráneo occidental al océano Índico, poseen todo aquello que el desierto dejó a los humanos.

Un imperio no sólo está hecho de tierras. A la larga, no es nada si no posee además un amazón interior. Desde el siglo XIV, los otomanos instituyeron un ejército y una administración. Este siglo organiza al gran ejército turco, cuya punta de lanza es la infantería de elite de los genízaros o “nueva milicia” (*yen çeri*), soldados de oficio cuyo número, que primero era de mil, se incrementará progresivamente a 12 mil bajo Mehmed II y a 20 mil bajo Solimán; por su parte, la caballería está organizada alrededor de los *sipahis*, en francés “*spahis*”.⁴ A estos cuerpos regulares se añaden cada vez, en función de las necesidades, diversas tropas irregulares. En

⁴ En español, *españoles*. (N. del T.)

todas partes reina una disciplina de hierro, sin parangón en los ejércitos europeos hasta la aparición del Tercio español o de los batallones de Gustavo Adolfo.

A la elaboración del ejército le corresponde la del gobierno, la de las finanzas y la de la administración. Se establece un gran visir, que más que un ministro principal es un verdadero virrey. Bajo su autoridad se encuentran otros visires, que en tiempo de Solimán se incrementarán a cinco. Un juez de los soldados (*kadi 'asker*) se instituye para las cuestiones militares; Mehmed II los reducirá a dos, uno para Anatolia y otro para Rumelia, las posesiones europeas del imperio. Solimán los integrará a la jerarquía religiosa sometiéndolos a la autoridad de un gran mufti o jeque ul-islam. Paralelamente, se nombra a un administrador financiero o *defterdar*; no tardarán en ser cuatro de ellos. El canciller, o *ni-anci*, vigila la promulgación de las actas; el desarrollo de la administración requerirá la multiplicación de estos secretarios de Estado. Los visires, los jueces de los soldados, los administradores financieros y los cancilleres son los cuatro pilares del imperio, del mismo modo en que las carpas se sostienen con cuatro estacas. Su conjunto constituye el gobierno o *Diván*, que se encarga de los asuntos políticos, militares, religiosos, administrativos, jurídicos y financieros del Estado. La fuerza de este último descansa también sobre un sistema fiscal eficaz, fundado en la capitación pagada por los súbditos no musulmanes y los tributos aportados por los pueblos vasallos. Por último, las posesiones europeas están divididas en provincias o “beylerbeyiliks”, por el título de su gobernador, el “beylerbey” (bey de los beys); a su vez, estas provincias están divididas en “sandjaks”, dirigidas por “beys”; por último, éstas se dividen en feudos (*timar* o *ze'amet*) a cargo de los espahíes. En caso de guerra, la movilización de los espahíes –que vienen a completar a los genízaros acantonados en la capital– se efectúa “sandjak” por “sandjak” y provincia por provincia. Administración civil y administración militar no son más que una sola cosa: las provincias son regiones militares. El imperio no es sino un inmenso ejército acantonado. El poder del que dispone Murad I es tal que, para expresar su majestad, abandona el título de “emir” o de “bey” para tomar del árabe el que designa al monarca: *sultán*.

Este imperio descansa, por otra parte, en una regla política en materia religiosa: nunca practicar proselitismo. Ciertamente, los no musulmanes no disfrutaban en el imperio del mismo estatus que los musulmanes. Tienen que cumplir con el

pago de una capitación y entregar su milicia al sultán, los famosos “genízaros” –por lo demás, en proporciones modestas, pues su número, bajo el mismo Solimán el Magnífico, no se elevará más que a 20 mil en todo el imperio. Hay poblaciones cristianas, en particular en Bosnia-Herzegovina y en Albania, que se convertirán al islam, y dichas conversiones, en sí mismas, permitirán un ascenso social. En el siglo XVII, el sultán, para detener este movimiento, estipulará que la conversión al islam ya no eximirá del pago de los impuestos exigidos a los no musulmanes. A cambio de las obligaciones que les impone, el sultán garantiza la seguridad y la libertad de culto de los no musulmanes.

Esta ausencia de proselitismo por parte de los sultanes otomanos constituye una elección política fundamental. Toda su importancia se revela en el examen de fenómenos que de otro modo resultan inexplicables. Cuando en 1402 perdieron Asia Menor ante la invasión de Tamerlán, los sultanes sólo conservaron sus posesiones europeas, de Tracia a Serbia, pobladas en su inmensa mayoría por cristianos. Fue entonces cuando ocurrió un acontecimiento prodigioso: en unos 20 años, de 1402 a 1421, es desde los Balcanes de donde los sultanes, fundándose sólo en la fidelidad de sus súbditos cristianos, reconquistaron Asia Menor. Esta actitud de los sultanes, también, es lo que explica que, ante su invitación, los judíos echados de España en 1492 hayan buscado refugio masivo en el imperio otomano, y explica de igual manera que un gran número de artistas e ingenieros del Renacimiento, en particular italianos, se hayan puesto al servicio del sultán; por último, explica que el imperio, que no sufrió la misma ruptura de tolerancia que la Francia de finales del siglo XVII, haya seguido siendo tierra de asilo para las comunidades perseguidas de Europa. Además, dicha actitud explica que, después de la pérdida de su rey, los magnates⁵ húngaros, en su mayoría, hayan preferido elegir en 1526 a un príncipe transilvano vasallo de Constantinopla antes que a un Habsburgo de Viena. Aprovechando la protección otomana, los magnates húngaros y sus poblaciones conservarían su religión y podrían incluso, a lo largo del siglo XVI, pasar libremente en gran cantidad al calvinismo. De ahí las famosas palabras en el mundo protestante de Europa central en el siglo XVII: “¡Mejor el turco que el Habsburgo!” –puesto que el catolicismo tridentino de los Habsburgo ignoraba la toleran-

⁵ En la Edad Media, título honorífico de los altos funcionarios de Hungría. (N. del T.)

cia otomana. Cuando los turcos, en 1683, sitian Viena por última vez, su ejército contará con 32 mil cristianos, de los cuales 20 mil, al menos –el contingente del príncipe Tokoli–, irán en calidad de voluntarios.

Si bien los no musulmanes se unen al imperio, el sultán, por su parte, recurre a ellos. Mehmed II, el conquistador de Constantinopla –quien había hecho que Cristobulos escribiera su gesta en el más puro griego tucididiano–, había instituido que el gran visirato podría confiarse a no musulmanes, principio que fue seguido por sus sucesores: así, siete de los nueve grandes visires de Solimán –Ibrahim, Ayas, Lufti, Kara Ahmed, Rustem, Semiz ‘Ali y Sokollu Mehmed– fueron de origen cristiano. Ciertamente, debían convertirse al islam, pero igual que Enrique de Navarra había tenido que convertirse al catolicismo: para que lo obedeciera mejor la mayoría de los súbditos a los que debía gobernar; aunque, en el caso de Ibrahim, durante mucho tiempo corrió el rumor de que se le había eximido de la conversión. Esta lógica determinó a Mahmud I a recurrir en 1731 a las capacidades del conde lemosín de Bonneval, quien con el nombre de Bonneval Pachá, o también Ahmed Pachá, presidió hasta 1747 la reforma del ejército otomano.

EL GRAN DESIGNIO OTOMANO

Así pues, 19 años después del desastre de Ankara, Mehmed I, reconstituye el imperio de su padre Bajazet, a la muerte de éste en 1421. Su sucesor Murad II retoma la política de expansión en la Europa central y balcánica. Derrota a los húngaros repetidas veces, conquista una parte de Albania y el Peloponeso. Cuando, en 1451, su hijo Mehmed II lo sucede, éste se encuentra a la cabeza del más poderoso imperio de Europa.

Desde su capital Andrinopla, los sultanes proclamaban a quien quisiera escucharlo, y en particular a los embajadores europeos, que se asignaban tres fines: primero, la conquista de la capital del imperio romano de Oriente, Constantinopla; después, la de la nueva capital del imperio romano de Occidente, Viena; por último, la conquista de la antigua capital del imperio romano de Occidente y sede del califa de los cristianos, Roma. Política imperialista de grandiosa simplicidad, que tenía el mérito, muy poco común en esta materia, de la franqueza. Y aunque no fuera sino por eso, el sultán ya habría merecido el título que le otorgaba

Occidente: “Gran Señor”. En el fondo, no se trataba de nada más que del viejo sueño imperial que había recorrido Europa desde la caída del imperio romano de Occidente. Era él quien había conducido al rey de Germania a ceñirse la corona y a intentar reconstituir, a partir de Alemania, la antigua unidad perdida. Mehmed II no deseaba otra cosa; con la única diferencia de que esta unidad, en vez de llevarse a cabo del imperio romano de Occidente hacia el de Oriente, se realizaría en sentido contrario. La religión misma no ofrecía dificultades: el islam se concebía como un cumplimiento del cristianismo, así como el imperio cristiano —que Carlomagno y luego Otón el Grande habían erigido— se había concebido como un cumplimiento del imperio pagano. Era un sueño fatal, quizá, para todos aquellos que lo tenían. Iba a acarrear para Turquía las mismas consecuencias que para Alemania. Así como la edificación del imperio había impedido a la nación alemana constituirse en Estado —y esto hasta 1871—, así el imperio otomano iba a impedir a la nación turca construir un Estado hasta 1923. Pero esto no lo sabía Mehmed II. Al contrario: nada le parecía más razonable que su sueño, ya que era el único de todos los príncipes de Europa que parecía disponer de los medios para volverlo realidad.

EL APOGEO DEL IMPERIO

De este vasto designio, la primera etapa se había llevado a cabo el 29 de mayo de 1453 con la toma de Constantinopla. Mehmed II recibió el apodo de *Fatih*, “el Conquistador”. Se concibió desde entonces como “Emperador de Roma”, *Kaiser-i Rum*, sucesor de Augusto y de Constantino. Tiene derecho al título supremo de “Padishá”, que, mientras que el árabe “sultán” no designa más que al rey, significa en persa “rey de reyes”: emperador. En lo sucesivo se hace llamar “Señor de las dos tierras y de los dos mares”: su imperio no reunirá sólo a Europa sino que también, como el antiguo imperio romano, se extenderá sobre Asia. Por vez primera desde hacía siglos, el amo de Constantinopla era de nuevo el príncipe más poderoso de Europa. La ciudad recibió el nombre de “Estambul”; pero incluso esta designación, si se mira bien, no era más que la contracción en griego de *Eis ten Polin*, “hacia la ciudad”.

Los títulos de Mehmed II los completó Selim I. Luego de haber hecho huir a los mamelucos en 1517, se apoderó de Egipto. Al recibir el homenaje del jerife

de la Meca, y al ser reconocido como protector de las dos ciudades santas, la Meca y Medina, le arrebató el título al último poseedor del califato abásida de Egipto y se confiere el título de “comendador de los creyentes”. En lo sucesivo, el sultán podría nombrarse, en su titulación, “Sombra de Dios en la Tierra”. Ya era César; ahora se volvía califa. Cuando los otomanos, haciendo realidad su sueño, penetraran en Roma, harían compaginar la tradición imperial con la tradición pontificia: al instaurar el auténtico cesaropapismo, abolirían la dicotomía que, desde Carlomagno y sobre todo desde Otón el Grande, había desgarrado a Occidente.

Pero es con el hijo de Selim, Solimán I –quien, desde 1529, sitió los muros de Viena–, cuando el imperio alcanzó su apogeo. Impresionados por su poder y su carácter munífico, los europeos hablaron de Solimán “el Magnífico”. Sin embargo, no se trataba sólo de uno de los más grandes capitanes del Renacimiento. También era un soberano sabio. Su nombre en turco así lo indicaba: era un nuevo Salomón. Los turcos le otorgaron el título de “Legislador” (*Suleimán Kanuni*). Bajo su reinado, el imperio había alcanzado límites que ya no superaría. A las extensiones hacia Occidente correspondieron las de Oriente; el imperio alcanzó Eriván, Bagdad, Yemen e incluso Mascate, en la punta del cuerno de la Arabia Feliz. En la costa africana, se extiende hasta Argel. El imperio de Solimán, contrariamente al de sus predecesores, ya no sólo tiene dos frentes, uno europeo y otro asiático. Se le añade un tercero: el frente marítimo. La conquista de Grecia, de Albania y de Serbia ya reclamaba de parte de los turcos, si querían defenderlas de los venecianos y los genoveses, su presencia en los mares. La posesión del perímetro asiático y africano del Mediterráneo exige su control. Estambul no puede comunicarse rápidamente si no es por mar. Este control de todo el Mediterráneo, incluso de su parte occidental, hace que el sultán entre en conflicto con el rey de España, quien no puede tolerar que sus costas queden expuestas de esa manera. Solimán lo sabe, y su flota merece todas sus atenciones: bajo su reinado, dicha flota garantizará la supremacía en el Mediterráneo. Mantendrá al Levante por Rodas y al Poniente por Argel. La importancia de la marina queda asentada con el ingreso al gobierno del gran almirante de la flota, el “capitán-pashá”. El inmenso esfuerzo de guerra que se reinicia sin cesar termina por llegar a sus límites en el imperio mismo del Gran Señor. Así como Trajano había visto que sus sueños se desvanecían ante el reino de los partos, así el gran sueño osmanlí jamás se llevaría a cabo.

LA GRAN INVERSIÓN

Una vez desaparecido Solimán, se inició la decadencia del imperio. Hubo numerosas causas. Algunas fueron externas. La principal, al este del imperio osmanlí, fue el renacimiento del poder persa restaurado por el sha Abbas I, llamado “el Grande”. Hasta finales de siglo, la presión sobre el flanco oriental del imperio otomano no disminuyó. Y más aún: ésta favorecía en todo el Cercano Oriente sediciones internas en el imperio; Siria ya no obedece a la Sublime Puerta y en Líbano los drusos proclaman su independencia. Estas dificultades se agravan con una sucesión de sultanes débiles de carácter, y hasta de imaginación. Comenzó, desde la desaparición de Solimán, con el advenimiento de Selim II, llamado “el Borracho”. Murad IV, de 1632 a 1640, logra restaurar el Estado en sus fronteras y en su autoridad. Pero su obra queda amenazada de 1642 a 1648 por Ibrahim I, al que los turcos mismos dan el nombre de *Deli*: “el Loco”.

Esta disgregación política es causa y consecuencia de una disgregación social. El imperio descansaba en el ejército. El desvanecimiento del poder político da a este último conciencia de su fuerza. Y no es para darle buen uso. El cuerpo de los genízaros, verdadero Estado dentro del Estado, ya no recibe órdenes más que de sí mismo. Todas las reglas que hicieron su poder ahora se desprecian. Su reclutamiento se vuelve anárquico. Se casan, residen fuera de sus acantonamientos, llegan incluso a comerciar con sus cargos. Sus rebeliones deponen a los sultanes, cuyas generosidades les resultan insuficientes. Lejos de destruirse sólo entre ellos mismos, impiden que el Estado se restablezca. En cuanto a los espahíes, su número va disminuyendo desde que los feudos ya no se confían a los soldados, sino a favoritos, y hasta a favoritas, de la Corte. En la administración, la instauración de la venalidad de los oficios da sus frutos ordinarios: los cargos ya no se confían a los más capaces sino a los más ricos, quienes ya no los ejercen en bien del Estado sino en el suyo propio. Concusión y prevaricación se vuelven los males de la administración otomana, de los que hasta entonces había estado libre; y esto en un tiempo en el que los Estados de Occidente hacen esfuerzos por poner fin en su territorio a estas mismas calamidades.

Las dificultades del imperio no se deben únicamente al despertar de Persia o a la debilidad de los sultanes. Estos hechos accidentales no hacen sino deteriorar

una situación cuya gravedad se debe a causas esenciales. De manera general, el imperio, por así decirlo, se vuelve contra sí mismo. Todas sus energías, desplegadas hasta el siglo XVI para incrementar su dominio, se emplean, desde que Solimán le dio sus dimensiones extremas, para mantenerlo. Ahora bien, en el sistema esencialmente militar del Estado turco, las conquistas constantes eran la única manera de allegarse nuevos ingresos, que a su vez financiaban conquistas posteriores. Una vez roto este ciclo, la ausencia de nuevas conquistas implica la de nuevos recursos. Y peor aún: desde que el imperio tiene que luchar constantemente por la conservación de sus tierras, éstas ya no reportan beneficios, sino que cuestan. Los medios necesarios para esta lucha no pueden provenir más que de estas mismas tierras, de allí el necesario aumento de las cargas que agobian al imperio. Durante el siglo XVII, los impuestos por lo menos se sextuplican. Desde el punto de vista económico, el incremento del impuesto no deja de acarrear un empobrecimiento general, mismo que pone en duda los ingresos del impuesto. Desde el punto de vista psicológico, poco a poco vuelve intolerable el dominio otomano. Incluso los recién convertidos, con frecuencia, ya no quedan exentos de las cargas fiscales. Respecto del imperio, los pueblos de Europa sometidos pasan del consentimiento tácito a la indiferencia, y de la indiferencia al rechazo. En el siglo XVII, el imperio otomano sufre una inversión interna. Las exigencias del sistema políticomilitar con las que hizo su fuerza, en lo sucesivo son la causa de su debilidad. Y sin tener una conciencia clara de sus causas, el imperio entra en el círculo vicioso de la decadencia.

Pero la razón esencial fue quizá el giro que da el mundo a partir de 1492. El descubrimiento de las Américas hizo que las naciones europeas occidentales –Portugal, España, Francia e Inglaterra–, finisterres del Antiguo Mundo, pasaran a ser las avanzadas del Nuevo. A partir de éstas, la gran trashumancia de los pueblos de Europa, detenida desde finales de la Antigüedad, podía reanudarse lanzándose por fin más allá del Atlántico. Mediante un movimiento inverso, desposeía a la cuenca mediterránea de su función de eje en los intercambios del mundo: ésta se transformaba en un inmenso callejón sin salida, y las tierras de su perímetro ya sólo bordeaban un mar que estaba por desaparecer. La lenta agonía de Venecia –en donde hasta ese momento habían confluído las rutas de los intercambios entre Europa y Asia– es la imagen emblemática de esta inexorable decadencia. El

imperio de los descendientes de Osmán está condenado al mismo destino. Esta decadencia del imperio otomano es la ilustración perfecta del anacronismo del sueño de reconstituir el imperio romano en la época moderna. El mundo había cambiado: esa estructura política ya no le correspondía.

MUERTE DE UN IMPERIO, RENACIMIENTO DE UN ESTADO

El crecimiento del imperio otomano mediante círculos sucesivos explica su estructura interna. A su vez, ésta explica las etapas de su disgregación: responden a la misma lógica de los círculos. Es eso lo que ocurre en Europa. Las campañas llevadas a cabo por los austriacos contra la Sublime Puerta, desde el segundo fracaso de los turcos ante Viena, en 1683, hasta la primera mitad del siglo XVIII, no permiten arrancarles a los otomanos más que el tercer círculo, dicho de otra manera, Hungría y Transilvania. El segundo y el primer círculos no se les quitarán a los otomanos con la misma facilidad. El proceso va a extenderse desde finales del siglo XVIII hasta principios del XX. Su preámbulo es la toma de Azov por los rusos en 1774. A pesar de la pérdida del litoral septentrional del mar Negro, de Rumania, de Serbia, de Bulgaria y de Grecia, la Turquía de Europa se extiende todavía más, a principios del siglo XX, de Tracia hasta las fronteras de Croacia, o dicho de otro modo, desde el Bósforo hasta el Adriático. Oficialmente, Turquía no pierde las últimas provincias del segundo círculo, Bosnia y Herzegovina, sino hasta 1908. Las provincias del primer círculo, que son Epir del Sur, Macedonia y Tracia, las conserva hasta 1913. Todavía no pierde la Tracia oriental, último resto del primer círculo. Los Aliados, en el tratado de Sèvres del 10 de agosto de 1920, intentarán quitársela. Pero no lo lograrán jamás. Y desde 1923 estarán obligados a restituírsela mediante el tratado de Lausana.

Hacia Oriente, el desmembramiento del imperio otomano se operó de acuerdo con la misma lógica de los círculos. No obstante, comenzó más tarde. El primer país perdido del tercer círculo es Argelia, en 1830, año en que Turquía pierde la Grecia meridional, la cual, por su parte, ya formaba parte del segundo círculo europeo. Túnez se perdió en 1881, Egipto en 1882, Libia en 1912, Arabia, Palestina, Siria y Mesopotamia en el curso de la primera guerra mundial. El desmembramiento oriental, al haber comenzado después que el europeo, no llegó tan

lejos. Todo el segundo círculo –que, junto con el primero, constituía la Anatolia turca– lo conserva el Estado que funda en 1923 Mustafá Kemal; aunque también una parte del tercer círculo, con Armenia occidental y Kurdistán del noroeste. Por lo demás, estas secuelas del imperio –integradas por razones esencialmente estratégicas al nuevo Estado, cuyo carácter nacional se proclamaba a voz en cuello– constituyen, por su retraso económico tanto como por su carácter difícilmente asimilable, su debilidad secreta.

Poco después de la Gran Guerra, los acontecimientos de Oriente revelaron en qué medida Francia y sus aliados eran impotentes para hacer respetar el orden que habían instituido. No contentos con aniquilar a Austria-Hungría y con dominar en su lugar a la Europa central y balcánica, mediante un movimiento paralelo y con el tratado de Sèvres, habían desmembrado al imperio otomano, cuyos despojos, en el Cercano Oriente, tenían pensado repartirse. Así quedaría saldada a favor de Francia y de Gran Bretaña la famosa “cuestión de Oriente”, que no era más que la cuestión de saber en beneficio de quién se descuartizaría el imperio de los hijos de Osmán.

El vencedor de los Dardanelos, Mustafá Kemal Pachá, no quiso reconocer el infamante tratado que el sultán se había resignado a firmar. Reuniendo alrededor de su persona a todas las fuerzas que no aceptaban la desaparición de Turquía, emprendió, el 20 de junio de 1920, la guerra de independencia contra los griegos, quienes invadían Anatolia con la aprobación de Francia e Inglaterra. Luego de las operaciones contra los franceses en Cilicia y de los sangrientos combates contra las fuerzas helenas, en particular sobre Sakarya, el Verdún de esta guerra, Mustafá Kemal pudo a finales de agosto de 1922 lanzar su famosa orden del día: “¡Soldados! ¡Adelante! Objetivo: el Mediterráneo.” Dos semanas después –el 9 de septiembre de 1922– el ejército turco había recuperado Izmir; el 18, el último soldado griego había dejado Asia Menor. Más realista que Inglaterra, Francia disuadió a esta última de intervenir. Cuando, el 6 de octubre de 1923, el ejército turco hizo su entrada en Estambul, la primera guerra de descolonización del siglo XX había llegado a su fin. Los Aliados no habían controlado Turquía ni tres años, y de hecho nunca de manera total. El 24 de julio de 1924, en Lausana, se firma una nueva paz. Establecía una Turquía independiente en Tracia oriental y en Anatolia, reunida alrededor de Ankara: en el corazón del territorio, se trataba de una capital

del Estado, no como Estambul, que estaba a caballo entre dos mundos y era una capital de imperio.

De las ruinas de ese imperio nacía un Estado moderno, que destruía los vestigios de aquél. Desde el 1 de noviembre de 1922, abolía el sultanato; pronto le llegaría su turno al califato. El 29 de octubre de 1923 se instauraba la república, de la que Mustafá Kemal –quien adoptaría el nombre de Atatürk– era proclamado presidente. Toda su atención se concentraría a partir de ese momento en la construcción, copiado del modelo occidental, de un Estado laico, y, de manera más profunda, en la transformación de un pueblo que a veces seguía teniendo una psicología nómada y guerrera en un pueblo sedentario, agricultor e industrial. Prodigiosa revolución cultural –ésta, sí, verdadera– que apenas atrajo la atención de Occidente: no se estaba llevando a cabo en nombre de las ideologías que entonces hacían vibrar a la *intelligentsia*. Quizá no habría sido posible si Turquía no hubiese sido, desde principios del siglo XV, después de la batalla de Ankara, una potencia cuyo centro de gravedad era europeo.

Este Estado debía su origen a la conciencia nacional ridiculizada. Se fundaba, en primer lugar, en el derecho nacional. Sin embargo, para alejar lo más posible la amenaza rusa en el noroeste y la amenaza británica en el sudeste, su territorio rebasaba hacia el este las tierras habitadas por las poblaciones turcas. Comprendía una parte de Armenia y de Kurdistán. Comprendió incluso, al principio, la región de Mosul, cuya cesión, en lo que respecta a los campos petrolíferos, los ingleses obtuvieron mediante amenazas de guerra en 1926 en favor de Irak, es decir, en el suyo propio, dado que Irak se encontraba bajo su protectorado.

LA ESPAÑA DE ASIA

Turquía es la España de Asia. Así como la península ibérica prolonga Europa hacia África, del mismo modo la península anatoliana prolonga el Cercano Oriente hacia Europa. Su analogía no es sólo geográfica. También es cultural. La cultura española resulta de una síntesis del mundo cristiano y del mundo musulmán. Turquía es un puente entre la cultura islámica y la cultura occidental. Su analogía es incluso psicológica. Las altas mesetas rocosas que las constituyen modelaron dos razas toscas, profundamente similares. Cuando, echados por Isabel, los españoles de

cepa convertidos desde la Antigüedad, que eran los judíos sefardíes, fueron a establecerse al imperio otomano, se integraron sin dificultad a esta segunda España. Su analogía es por último estratégica. España controla el extremo occidental del Mediterráneo, y Turquía, con el Bósforo y los Dardanelos, su extremo oriental. España y Turquía son los centinelas del Mediterráneo.

Además, Turquía es más europea de lo que España es oriental. Geográficamente, no sólo es asiática; también es europea. Su ciudad principal, Estambul, es la antigua Constantinopla. Es europea también desde el punto de vista histórico. Desde la batalla de Ankara y la pérdida de sus posesiones anatolianas, Turquía fue una potencia europea que reconquistó un imperio oriental. Incluso su concepción de la religión le permitirá adoptar una laicidad que en otras partes sólo se encuentra en Occidente. El islam turco no sólo fue una religión de adopción, nunca se identificó con la esencia de la nación, como entre los árabes o, en su forma chiita, entre los iraníes. Y no es que no sea sincera; es que, al estar desconectada de la identidad nacional, no cede de manera tan fácil a la propensión de transformarse en fanatismo. Eso es lo que permitió a Atatürk, en 1923, instaurar una república laica concebida a partir del modelo occidental, en la que la sociedad civil estaba moldeada de acuerdo con el modelo del código civil helvético. Esta república otorgaba el derecho de voto a las mujeres más de diez años antes que Francia. Ciertamente, se tuvieron que aportar reajustes a la construcción demasiado rigurosa edificada por Atatürk, gran lector de los enciclopedistas y volteriano convencido; de igual manera sólo le resultaba posible, al principio, imponer semejante revolución cultural mediante una ruptura abrupta. Pero resulta necesario que los detalles no oculten el conjunto. Si semejante conmoción cultural y política pudo operarse en Turquía, es simplemente porque era posible que ahí se produjera.

UNA IMPORTANCIA GEOESTRATÉGICA MUNDIAL

Este nuevo Estado tiene una geopolítica clara, resultado de su papel geoestratégico. Es el efecto de su situación en la confluencia de los mundos. Al norte, Turquía, debido a su posesión de la orilla meridional del mar Negro, impide que dicho mar se convierta en un lago ruso. Del litoral oriental de Europa, garantiza la independencia, en particular, de Rumania y Bulgaria. Al oeste, Turquía vigila el

acceso, desde el mar Negro, al mar Egeo. También al oeste, Turquía constituye, con un ejército de 480 mil hombres, la primera potencia de los Balcanes: su simple presencia desempeña un papel estabilizador esencial. Al sur, ningún movimiento aéreo o naval en el Mediterráneo oriental se le escapa. Al este, es el escudo del mundo occidental. Ante el mundo caucásico, opone su barrera al mundo ruso y al mundo iraní. Por último, al sureste, es dueña de las aguas tanto hacia Siria como hacia Irak. Como tal, tiene en sus manos el porvenir del turbulento Cercano Oriente. Es obvio: al mismo tiempo contrafuerte y prolongación de Europa, Turquía se afirma como una pieza clave de su seguridad.

Al analizarla, esta situación geoestratégica europea se revela como el epicentro de la importancia realmente mundial de Turquía. Al oeste, más allá del mar Egeo, lo que controla es el acceso ruso a todo el Mediterráneo. La seguridad de los países europeos, igual que la de los países del Magreb, depende de ella directamente: es conocida en la actualidad la amenaza que representan para los países, en lo profundo de su territorio, los misiles embarcados. Hacia el este, Turquía, al reanimar la conciencia que los países turcofonos tienen de su identidad, despierta a todo el antiguo Turkestán occidental –sometido a Rusia y que Stalin recortó de manera arbitraria– y, más allá, al antiguo Turkestán oriental, integrado a China con el nombre de Xinjiang. Esta resurrección recupera, del otro lado del Altai, Mongolia, que desde el derrumbe del imperio soviético reencuentra los caminos de la independencia. Si bien Turquía es una potencia regional, su influencia es mundial.

Por todo esto, el porvenir del mundo –o, si se prefiere, su estabilidad– va a depender en gran parte de hacia qué lado se incline Turquía y de las alianzas que haga. Desde el siglo XIV, por lo menos, está indudablemente orientada hacia Occidente. Esta tradición no excluye, sin embargo, un eventual giro. En efecto, en Turquía está ocurriendo un fenómeno, tan considerable como silencioso, sin precedente en su historia: la explosión demográfica. En 1938, a la muerte de Atatürk, Turquía cuenta con menos de 17 millones de habitantes: es menos de la mitad de la Francia de entonces, y ni siquiera la cuarta parte de Alemania. En 1970, ya cuenta con 35 millones; para 1994, había rebasado los 60. El ritmo alcanza casi el doble en un cuarto de siglo. Y lo que es más grave aún, esta explosión demográfica no ocurre de manera regular: concierne a las poblaciones económicamente

más desprotegidas y culturalmente más desheredadas, o dicho de otro modo, las más sensibles a propagandas simplistas y extremistas, en este caso islamistas. Este incremento de población pobre se concentra, además, en las ciudades o en sus alrededores: al mismo tiempo –de 1970 a 1994–, la población urbana pasó de un 38.4% a un 61% de la población global. Las cifras son claras: si no se tiene cuidado, las condiciones –ciertamente insuficientes– para una situación prerrevolucionaria están en vías de reunirse.

Para los intereses de Europa resulta fundamental desactivar una eventual explosión. Y esto sólo lo logrará integrando a su sistema –no sólo estratégico sino también político y económico– a este contrafuerte que hasta hoy siempre se consideró occidental. Sólo una ayuda sería permitir a Turquía desarrollar su economía, en particular su agricultura, con el fin de volverla capaz de cubrir la subsistencia de su población, por consiguiente su educación y, como consecuencia lógica, controlar su demografía. Esta evolución reducirá el fundamentalismo islámico a lo que es, en un país donde el islam es una religión adoptada y no endógena: un epifenómeno. De otro modo, Europa, con el pretexto de temerle a este fanatismo, va a contribuir a crear un país islámico que le será hostil: de nueva cuenta, será un buen ejemplo de la autorrealización de las profecías. Este error Europa lo pagará con una desestabilización de su flanco oriental y meridional, y con una inmensa inseguridad, que le resultará mucho más cara que la integración de Turquía a su seno.

LAS FRONTERAS DE EUROPA

El centro del problema consiste en la imagen que Europa tiene de sí misma. En los medios dirigentes europeos, sobre todo en aquellos marcados por la tradición demócratacristiana, toda una ideología oculta está en marcha para reducir a Turquía a una “cooperación estratégica”, con la clara finalidad de excluirla implícitamente de toda participación en la construcción europea. Por lo demás, cualquier definición de Europa que sea fruto de “la tradición judeocristiana acrecentada con la herencia grecolatina” incluye a Estados Unidos de América, a Australia o a Nueva Zelanda, pero excluye a Turquía –y no sólo a ésta, sino también a Albania, a Kosovo, así como a los bosnios y a los herzegovinos musulmanes.

Al respecto, la mayor de las confusiones reina en las mentes. Después de haber quedado eliminada de la lista de candidatos a la adhesión en la cumbre de Luxemburgo en 1997, a Turquía la reintegraron en 1999. Las indecisiones persisten desde 1963. Por humanismo tanto como por realismo, sería necesario que los países ya miembros de la Unión Europea se decidieran a reconocer como europeo a todo habitante de Europa; y que, al hacerlo, definieran las fronteras de Europa en el este.

Turquía plantea este problema al más alto nivel. En tanto potencia europea con todos sus derechos —a tal punto que es, y de lejos, la primera fuerza de los Balcanes—, su territorio se extiende también sobre lo que, desde la Antigüedad, los geógrafos denominaron “Asia Menor”. Esta distinción, en este lugar, entre “Europa” y “Asia” no corresponde ni a las realidades humanas, ni a las realidades culturales, ni a las realidades geoestratégicas. Es el resultado de una visión antigua del mundo, que intenta trazar fronteras “naturales” de acuerdo con los ríos y los brazos de mar, que presentaban relativos obstáculos al avance de los ejércitos. Al respecto, el Bósforo y los Dardanelos parecían brazos de mar muy satisfactorios para la mente. Pero la verdad es otra: los Estrechos son los lugares en los que “Europa” y “Asia” se tocan a tal punto que son indisolubles. El símbolo, y al mismo tiempo la prueba de esta realidad, es la misma ciudad de Estambul, que se extiende sobre las dos orillas. Estambul no es más “europea” que “asiática”. Es un todo inseparable. La verdadera frontera se sitúa en los masivos montañosos que bordean el este y el sur de Turquía, ahí donde Trajano se detuvo ante el imperio de los partos, ahí donde Adriano estableció los límites del imperio romano —ahí, también, donde Turquía se termina. Y es más allá donde comienza un nuevo universo. En una palabra, la concepción antigua de la delimitación entre Europa y Asia a la altura de los Estrechos, desde la Antigüedad, ya se consideraba como rebasada. Dos mil años después de Cristo sería hora de volver a descubrirlo. Porque si bien Europa tiene en sus manos una gran parte del porvenir de Turquía, Turquía tiene en las suyas una gran parte de los destinos del mundo. ❧

Geopolitique, n. 69.